

ARTÍCULOS

PETER WOLLEN

En 1995 Peter Wollen escribió para Bandung Productions el proyecto de guión cinematográfico de Amor necesario, el cual formaba parte de una serie de películas sobre triángulos amorosos para Channel 4 que nunca se hizo. Cada uno debía tener una mujer en el vértice: De Beauvoir, con Algren y Sartre; Kahlo, con Trotsky y Rivera; Spielrein, con Jung y Freud. Wollen se afincó en París y Chicago, pero igualmente podría haber escogido Zúrich o Coyoacán.

La práctica cinematográfica ha estado mezclada con la teoría desde el comienzo de la carrera profesional de Wollen. En la década de 1960, la escritura de guiones constituía un telón de fondo para sus artículos en la NLR –con el pseudónimo de Lee Russell– sobre Hitchcock, Renoir, Kubrick, Malle, Fuller, Hawks, Rossellini o Ford; y para su exploración del lenguaje del cine, traducida en Signs and Meaning in the Cinema. Wollen derivó su ontología del medio de la experiencia de los cineastas teóricos: Godard, Hitchcock, Eisenstein sobre la narrativa, el realismo, el movimiento, la cámara «I». Con la llegada de una nueva vanguardia cinematográfica en la década de 1970, Wollen se pasó a la práctica cinematográfica, en colaboración con Laura Mulvey; Penthesilea y Riddles of the Sphinx fueron dos resultados notables. Siendo comisario (exposiciones sobre la Internacional Situacionista, Kahlo y Modotti) en las décadas de 1980 y 1990, Wollen utilizó el cine como ensayo documental, produciendo hermosas obras sobre el arte de Komar y Melamid y sobre la fotografía de Milton Rogovin.

En una entrevista recogida como epílogo a la reedición de Signs and Meaning publicada en 1998, Lee Russell, el entrevistador, presiona a Wollen para que escoja entre el cine de autor o la vanguardia. «Sigo siendo partidario del cine de autor. Sigo dando prioridad a la vanguardia.» Wollen podría haber estado entrevistando perfectamente a Russell, o a Lucien Rey, su alias en una serie de textos publicados en NLR, muchos de ellos necesariamente anónimos –«Persia in Perspective» (1963), «The Revolution in Zanzibar» (1964), «Holocaust in Indonesia» (1966)–, así como participar en intervenciones sobre la liberación de la mujer y, con Juliet Mitchell, en «The Freudian Slip». Compromiso utópico, libertad psíquica, París, el cine negro estadounidense, la chica extranjera: «Amor necesario» retoma temas constantes en la obra de Wollen como cineasta, cinéfilo y teórico.

AMOR NECESARIO

París, un gato araña un banco del parque, maullando y gimiendo. Una mujer se le acerca y saca restos de comida envueltos en un periódico viejo. Mientras empieza a dar al gato las patéticas porciones, la cámara deja de enfocarla para acercarse a dos figuras, un hombre y una mujer, que caminan por el césped. Nos dan la espalda, pero oímos su voz. Están haciendo un trato. Prometen que el amor que sienten mutuamente siempre tendrá preferencia. Es un «amor necesario». Acuerdan que ambos pueden tener tantas aventuras, tantas relaciones sexuales, como quieran. Pero deben contarse todo uno a otro sobre estos «amores contingentes». No se puede ocultar nada. Deben ser completamente «transparentes» el uno con el otro. Su alianza será inquebrantable. Dejan de caminar y sellan el trato con un abrazo y un beso.

Sigue el primer plano, cortamos a las mismas dos figuras –llamémoslas Simone y Jean-Paul– antes de efectuar un alejamiento a un plano más amplio. Están en un tren, con dos bicicletas maltrechas y viejas encajadas delante de ellos en el pasillo. De repente, se escucha el ruido amenazador de aviones que se acercan y disparos de ametralladora. El tren para y todo el mundo salta a la vía. Simone y Jean-Paul salen con las bicicletas en la mano por la puerta del vagón y se tiran apresuradamente a una zanja. El tren es bombardeado, pero no hay heridos. Salen de la zanja, se montan en sus bicicletas y pedalean hacia la ciudad. Nadie les presta la más mínima atención. Todos se apresuran hacia algún sitio, con la ropa desordenada y andrajosa.

París. Apartamento de Michel. Una fiesta, con el mínimo de comida propio de tiempos de guerra, pero muchísima bebida barata. Simone lleva un suéter de angora rojo que le han prestado, enormes perlas falsas de color azul, una falda de lana muy usada, y una vieja americana de su padre. Cuando la fiesta entra en calor y todo el mundo está bebiendo mucho, los invitados empiezan a mirar el reloj, pero su anfitrión los invita a olvidarse del toque de queda y quedarse a pasar la noche. Jean-Paul deja su pipa, se sienta al piano y canta sentimentales *blues* de clubes nocturnos. Se le unen los amigos, acompañándolo con tapas de cazuelas y otros instrumentos improvisados. Risas. Simone escucha, distante. Al final todo

el mundo se desploma en sillones. Al amanecer, los dos vuelven a casa por las calles desiertas. Hay señales de la ocupación alemana. Jean-Paul explica su idea para una película que se rodaría completamente con una cámara subjetiva. Disparos en la distancia. Se acurrucan en un portal. Cuando llegan al hotel de Simone, se abrazan brevemente y él se va caminando. Ella entra sola en el edificio.

Pocos días después, Simone camina por las calles, con un cuaderno en la mano, mirando y observando. Sus zuecos con suela de madera taconeán en el pavimento. Hay un brote de disparos de ametralladora. Al doblar la esquina, se llevan cadáveres en camillas. Simone empieza a mirar mientras un conserje sale y empieza a limpiar la sangre del escalón. Más tarde –es otro día– combatientes civiles atacan un edificio y salen con un grupo de prisioneros japoneses, que han estado disparando desde el tejado. La multitud les baja los pantalones y se ríe ante su gesto de pudor. Más sangre en el suelo. Una emboscada a unos camiones. Los compradores huyen de los disparos cruzando la calle. Simone se apresura.

Simone y Jean-Paul caminan juntos por una calle, para reunirse con unos amigos en un restaurante. De repente los interrumpen: un grupo de chicos en bicicleta grita que los alemanes han pedido un alto el fuego. Simone y Jean-Paul se dan la vuelta. En la habitación de hotel de Simone escuchan la BBC, mientras cerca suenan disparos. Al día siguiente hay barricadas en las calles. Un combatiente de la resistencia envuelto en una bandera tricolor dispara una salva al aire. Otro ciclista que pasa grita noticias sobre la Liberación a Simone y Jean-Paul. Fuera del restaurante hay hogueras encendidas, repican las campanas, las parejas se abrazan, todo el mundo baila. Un avión solitario hace que suene la sirena y se oye el ruido distante de las bombas, pero el baile continúa. Simone y Jean-Paul están felices, perdidos juntos entre la multitud.

Al día siguiente, las multitudes llenan las calles cantando. Simone está sola. Ve soldados estadounidenses mascando chicle, haciendo la V de la victoria. Los celebrantes tiran serpentinas, escoltando a los furgones pintados con la bandera tricolor. Va camino del apartamento de Michel, donde ya se encuentra Jean-Paul. Sus amigos se reúnen allí para celebrarlo, y uno de ellos viene acompañado de un soldado estadounidense. Jean-Paul le explica al soldado su teoría de que los franceses nunca podrán volver a ser tan verdaderamente libres como lo eran bajo la ocupación alemana, cuando cada acto de resistencia contaba, cuando había tanto en juego. El estadounidense escucha incrédulo.

Simone y Jean-Paul están sentados juntos en un café, escribiendo. Simone traduce lentamente a mano *Manhattan Transfer* de Dos Passos al francés. Jean-Paul escribe con mucha más rapidez, mirando al papel con sus gafas de culo de botella y parando sólo para dar una calada a su pipa. Lleva una chaqueta de piel de borrego. Ella lleva el pelo sin lavar y recogido bajo un turbante. Uno de sus amigos, Albert, entra corriendo y le grita

entusiasmado a Jean-Paul que tiene buenas noticias. Éste formará parte de una delegación de periodistas franceses que irán a Estados Unidos. Jean-Paul deja de escribir. Está eufórico. Se acaba la bebida de un trago. Simone habla con envidia de lo que él va a oír y ver: *jazz*, rascacielos, gángsters. Promete acabarle la traducción de Dos Passos antes de que se vaya.

1945. Simone está en el café, escribiendo. Albert entra, esta vez con noticias de Jean-Paul, que está en Nueva York. Le indigna el trato que dan a los negros, su delegación va a ser recibida por el presidente Roosevelt y, Albert insinúa, tiene una aventura con una francesa refugiada en Estados Unidos. Simone no dice nada; aunque leemos la angustia en su cara, está dispuesta a tomárselo con calma. Albert sigue hablando, ahora de sus propios problemas conyugales. Simone se muestra comprensiva, y contrasta la situación de ambos. Su relación con Jean-Paul, explica, se basa en un pacto mutuo, aunque nunca se casarán. El amor que sienten el uno por el otro es un «amor necesario», al que no afectan las circunstancias cambiantes, mientras que cualquier asunto que uno de ellos pudiera tener, por muy apasionado que fuera, debía ser un «amor contingente», hijo de las circunstancias. Aunque ella ha tenido aventuras en el pasado –como también las ha tenido Jean-Paul–, nunca permitirá que interrumpen su relación fundamental con él, a pesar de que ésta ya no sea sexual.

Jean-Paul ha vuelto de Nueva York, y lleva el traje nuevo de listas que ha comprado en la Quinta Avenida. Está en el restaurante con Simone, contándole las maravillas de Nueva York. Su traductora, Dolores, lo ha llevado de un sitio a otro. Han ido a todas partes, se lo han pasado muy bien. Él planea volver, quizá un mes o dos al año. Firmemente, Simone le pregunta: «Y bien. ¿Quién significa más para ti: ella o yo?». Jean-Paul le recuerda el pacto. Sí, siente mucho afecto por Dolores, pero, como prometieron, él y Simone siempre estarán juntos. Le dice que no le pregunte más sobre el tema. Simone contesta que debe contárselo todo. Un amigo entra y se une a ellos, y Jean-Paul sigue hablando sobre el Russian Tea Room. Menciona nuevamente a Dolores como si fuera el principal personaje de su aventura. Simone está angustiada, pero él parece no darse cuenta.

En el café. Simone le dice a Jean-Paul que ha estado leyendo el nuevo libro de Michel y le impresiona la manera en la que éste desnuda su vida. Quiere escribir sobre sí misma con el mismo espíritu confesional, pero, sobre todo, como mujer. Jean-Paul se muestra bastante desalentador. Empieza haciéndole preguntas generales: ¿qué significa ser mujer? ¿Cuál es la función de la mujer en la sociedad actual? Simone repite que realmente no sabe nada sobre otras mujeres, que siempre ha intentado vivir como si tuviera exactamente las mismas libertades y oportunidades que los hombres. Jean-Paul le dice que ésa es precisamente la razón por la que debería escribir un ensayo sobre las mujeres. Ninguna otra mujer sería capaz de hacerlo. Sólo ella puede, porque sólo ella ha vivido con la misma libertad de la que disfrutaban los hombres. Simone pregunta: «¿Pero por qué

soy yo tan poco común? ¡Supongo que si quiero descubrirlo tendré que ir mañana a la biblioteca!».

Biblioteca. Simone está leyendo y tomando notas. Un libro sobre las mujeres estadounidenses.

De vuelta en el café. Jean-Paul habla con Albert. Le dice que los escritores deberían pasarse a los nuevos medios, la radio y el cine. Deberían aprovechar todas las oportunidades para desactivar la cercana Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La tercera opción –una Europa verdaderamente independiente– es la única salida. Albert dice que creía que a Jean-Paul le encantaba Estados Unidos. Éste contesta que sí –es un país estimulante, al contrario que Francia–, pero lo que le gusta de él son las partes menos estadounidenses en el sentido político: el *jazz*, Harlem, Hemingway, la cultura de los trabajadores. Eso es lo que Estados Unidos tiene para ofrecer. Todo el que pueda debería ir, para ver esta nueva civilización, tan llena de esperanza, tan llena de peligro. Jean-Paul cambia de tercio; se da cuenta de la oportunidad tan afortunada que ha tenido de visitar Estados Unidos ya dos veces, de haber hecho contactos y de poder volver. ¿Podría conseguir Albert a través de sus amigos que Simone recibiera una invitación?

Simone en su habitación de hotel. Una carta de Nueva York en la mesa. Un sello estadounidense. La abre y empieza a leer, para, la deja, se apoya, la vuelve a coger y sigue leyendo. Vemos que la carta es una invitación a visitar Nueva York.

Simone y Jean-Paul. La depresión de ella ha desaparecido. Está entusiasmada con su artículo y todavía más por la invitación de viajar a Estados Unidos a dar una gira de conferencias, subvencionada por el servicio cultural francés en el extranjero. Confiada, le sorprende que Jean-Paul no parezca entusiasmado, y que simplemente murmure algo y mire hacia otro lado. Lo acusa de no querer que ella conozca a Dolores. Él lo niega y le dice que le encantaría que se conocieran. Ella cambia de tema para volver a su libro. Albert entra y ella le da la buena noticia. Él responde: «¡Cuidado! ¡No dejes que uno de esos fornidos americanos te secuestre!». «¿Qué quieres decir? ¡Estás de broma! ¡A mí! ¿Quién me iba a querer? ¿Y a quién iba a querer yo aparte de a Jean-Paul?»

Ese mismo día, más tarde, Simone va de compras. Se compra un traje de Christian Dior.

* * *

Nueva York. Simone está sentada en la barra de un bar de Times Square, comiendo un emparedado de bacón, lechuga y tomate con un zumo de naranja grande. Pide *white coffee* [café con leche]. La camarera la corrige: «Aquí lo llamamos *“regular”*, querida».

Un poco después se encuentra en la casa de unos amigos, John y Stépha. Bebe güisqui. Más o menos le ordena a Stépha en su inglés con acento que llame a Dolores y la invite para cenar todos juntos al día siguiente. Stépha acepta reacia: «Vale, vendrá». Stépha se muestra aliviada.

En el restaurante. Simone, con su Dior, está con John y Stépha, discutiendo sobre el impacto de las políticas de Stalin en el Partido Comunista francés. Dolores entra, echa un vistazo, camina hacia la mesa y anuncia «Soy Dolores». Se sienta frente a Simone. John le pide un vaso de vino. Stépha charla (en inglés) sobre el inminente viaje de Dolores a París, diciendo la envidia que le da, y demás. Simone se pone roja como la grana y mira fijamente su güisqui. Es incapaz de mirar a Dolores. Y ésta tampoco la mira a ella, de hecho no mira a nadie. Simone no dice ni una palabra. Al final, Stépha se calla, Dolores vacía su vaso, se levanta y le ofrece la mano a Simone, que se levanta y la estrecha. Ambas se dicen (en francés) lo contentas que están de haberse conocido por fin. Dolores sale y Simone rompe el silencio; explica las similitudes y las diferencias entre Stalin y De Gaulle, continuando como si nada hubiera ocurrido.

Simone pasea por la calle 42, mirándolo todo. Para junto a un bar y mira su agenda. En las páginas blancas de la parte posterior ha anotado todos los lugares que Jean-Paul le ha recomendado, con pequeños mapas trazados con pluma. Entra en el bar One-Two-Three.

Simone en Central Park, Harlem, Coney Island, Great Jones Street, el Bowery. Siempre tiene su agenda para consultar el rastro de todos los pasos dados por Jean-Paul, bebe güisqui, escucha *jazz*, ve dibujos animados (*«laff movies»* [películas de risa], las llama ella).

Noche. Simone, acompañada de Stépha, toca el timbre de una casa de piedra rojiza. Las ha invitado a cenar Mary, amiga de una amiga. La cena es un desastre. Mary se pasa todo el tiempo en la cocina intentando conseguir un zabaglione bien hecho. Cada vez que le sale mal, vuelve a empezar. Mientras tanto, Simone le pregunta desde la sala sobre la vida de las mujeres estadounidenses. Mary cita a Freud, diciendo que las mujeres son iguales en todas partes, y Simone se irrita cada vez más. Habla de las diferencias entre Francia y Estados Unidos, pero Mary niega que dichas diferencias signifiquen algo en lo que a las mujeres se refiere. Al final (y ya era hora) Simone dice que debe irse. Mary le pregunta adónde se dirige después de Nueva York. Simone le contesta que a Chicago. Mary comenta que tiene allí un buen amigo, Nelson, escritor, y le da a Simone su dirección, por si quiere ponerse en contacto con alguien. Simone cree reconocer el nombre.

* * *

Poco después. Estamos en el apartamento de Nelson, en el barrio de Wabansia de Chicago. Dos habitaciones, linóleo, una cama, pilas de libros, un tocadiscos –discos de Billie Holiday, por supuesto–, una cocina, frega-

dero con un grifo, y una mesa con lámpara de lectura y una vieja y fiable máquina de escribir. Está cocinando algo cuando suena el teléfono. Responde y una voz con acento francés pregunta por Nelson. Algo empieza a silbar sospechosamente en la cocina y él grita: «Se ha equivocado!». Esto se repite dos o tres veces, pero al final sale una voz estadounidense diciendo: «Por favor, no cuelgue, espere sólo un minuto, hay una persona aquí que verdaderamente quiere hablar con usted». Es Simone, que le sugiere que se vean de inmediato. Le explica dónde está el hotel y le dice que estará en «*leetle café*», con un ejemplar de *Partisan Review* en la mano. Él le asegura que irá.

En el hotel de Simone. Entra Nelson, busca el «*leetle café*» –todos parecen grandes– y por fin lo identifica como *Le Petit Café*. Se sitúa para observar a Simone sin que ella pueda verlo. Ella toma güisqui, echa una ojeada a *Partisan Review*, se levanta para irse, se para en el vestíbulo, vuelve a entrar, pide otro güisqui. Al final, Nelson se decide a aproximarse a ella. Espera que no lo llame de parte de *Partisan Review*. No. No le interesa en absoluto, pero le han dado un ejemplar gratuito. Él pide otra ronda de bebidas y empieza a hablar. De hecho, se lanza directamente a hablarle de sus experiencias en la guerra.

Aparentemente tiene una interminable ristra de anécdotas. En Francia se quedó atascado en un lugar llamado Tent City, con veinte mil tiendas de campaña. En Alemania, él y un amigo indio osage se dedicaron a saquear casas de campo en busca de aguardiente. No temían a los alemanes. Tenían miedo de que sus propios policías militares les dispararan, mientras volvían a hurtadillas al campamento. O podían matarlos en un «accidente de trabajo» mientras estaban borrachos. En Marsella, se dedicó a saquear almacenes del ejército, y después bajaba a una pizzería del puerto viejo, territorio sin ley, a vender cuchillas de afeitar, zapatos, cigarrillos Pall Mall y chaquetas militares, y a beber Chianti. El dinero lo necesitaba principalmente para jugar. Apuestas fuertes que no siempre ganaba. No llegó a París. Deciden verse de nuevo al día siguiente.

Nelson le enseña Chicago a Simone. Primero, van a los barrios bajos, con hombres solitarios desplomados en los portales, y entran en bares llenos de borrachos, algunos dormidos, algunos bailando con movimientos extraños al son de una música tocada por un conjunto de jazz negro. Un hombre cojo tropieza y se cae mientras salta y da vueltas; una vieja de pelo blanco con lazos está sentada en la barra, bebiendo de la botella; después baila, se levanta la falda. «Es precioso», dice Simone. Él responde: «Ahora, algo mejor».

A continuación, un bar con hostel para los indigentes. Arriba hay una habitación con colchones en el suelo, abajo un bar. La clientela intenta venderles a Nelson y a Simone cosas raras, o sólo pedirles limosna. Hay unos cuantos hombres bebiendo en el mostrador, y Simone y Nelson se les unen. Carteles humorísticos de «no se fía», billetes extranjeros, fotos ins-

tantáneas. En la caja hay una amiga drogadicta de Nelson, Lorraine, que recolecta dinero para alfombras o cervezas. Levanta la mirada del libro: «¿Ha terminado Malraux su novela? ¿Qué tal tú y tus amigos? ¿Sigue de moda el existencialismo?». Simone está asombrada, pero Nelson explica: «Era cantante, conocía a montones de pintores y escritores. Pero cayó en la droga. Entonces fue lanzadora de dados para juegos del “veintiséis” y ha acabado trabajando aquí. Todo lo que sé de literatura francesa me lo ha enseñado ella». Lorraine les muestra el pasillo trasero, que conduce al resto de las habitaciones, donde los que no pueden pagar un colchón duermen en un banco o se derrumban en el suelo en un rincón, rígidos, sucios y picados por las moscas. Simone ha tenido bastante. Está alterada. Esto es demasiado feo.

De vuelta en casa de Nelson. Simone sigue trastornada. Se sienta en la cama, que tiene el armazón de hierro y el colchón hundido. Él trae un vaso de Southern Comfort de la cocina, se sienta a su lado y empieza a consolarla. Hacen el amor. Al principio, ella se mantiene pasiva, insegura de sí misma, pero poco a poco la pasión de él la excita. Después dice «gracias».

Día siguiente. Un club privado. El almuerzo, organizado por el cónsul francés, está a punto de terminar. Una baronesa francesa habla a Simone, con su destacado vestido a la moda, sobre la alegría que sobrevivió en París durante la ocupación alemana y de cómo el estilo de vida suntuoso de los ricos fue realmente una especie de patriotismo, que mantuvo la *vie parisienne*. El cónsul le ofrece un taxi para volver al hotel. Simone dice que tiene que visitar a una amiga enferma, y da la dirección de Nelson en Wabansia. El cónsul dice que es muy peligroso coger un taxi para ir a esa parte de la ciudad; puede usar la limusina oficial.

Delante de la casa de Nelson. Una multitud se congrega alrededor de la enorme limusina. Simone entra corriendo y llama con los nudillos a la puerta de Nelson. Él abre. Simone arroja el maletín y ambos se abrazan de inmediato. No esperaba volver a verla. Hacen el amor. Después él bromea que todos sus vecinos intentarán pedirle dinero prestado ahora que han visto qué amigos tan ricos tiene. La llama «mi ranita loca». Ella se ríe de su sonrisa de conejo y lo llama «mi cocodrilo».

Van a un bar polaco del barrio y beben vodka. Él le sigue contando su vida: el tiempo que pasó de vagabundo viajando en trenes de mercancías, de reponedor de bolos en una bolera, de gancho de un charlatán de feria, perdiendo todo su dinero en partidas de póquer, en la cárcel por robar una máquina de escribir. Describe el pasado siniestro de otros de los clientes del bar: chulo, ladrón de equipajes, ex boxeador, gángster. A ella le decepciona el gángster.

Primer plano: «Nelson, pienso que aquí el más siniestro eres tú». Él la acompaña andando al ferrocarril elevado. Despedida: la invita a volver. Se separan con un beso del que a ella le cuesta desprenderse.

Simone se despide desde el teléfono de la estación de tren. Sus amigos le quitan el teléfono de las manos mientras suena el silbato. En el tren a Nueva York empieza inmediatamente a escribirle una nota a Nelson: «Tienes que saber que fui feliz estando contigo; no me gustó despedirme, quizá para no volverte a ver en la vida... De todas formas, adiós o hasta la vista, no olvidaré estos dos días en Chicago, quiero decir que no te olvidaré a ti. S.»

En un despacho universitario. Simone pide papel para escribir una carta. Tiene el tiempo justo antes de hablar a los estudiantes sobre «La responsabilidad del escritor».

«Querido amigo... me gustaría volver a verte, S.» Está aún garabateando cuando la llaman para dar su conferencia. Sella la carta y la entrega para que la envíen por correo mientras sale, sujetando sus apuntes.

De vuelta en Chicago. Rana y Cocodrilo en la cama de Nelson. Una botella de Southern Comfort en la silla destartalada que hay al lado de la cama, ahora con la ropa de ambos en el respaldo. Una larga escena de amor.

Rueda de identificación en una comisaría de Chicago. Nelson está enseñando a Simone los rateros, los ex convictos y las prostitutas que sacan del furgón policial.

Escena de amor.

El canódromo. Nelson está apostando. Simone también, por primera vez.

Escena de amor.

Un combate de boxeo. Nelson vuelve a apostar.

Escena de amor.

La silla eléctrica. Celdas asombrosamente blancas, conmutadores, palancas, la propia silla detrás de una cortina. El vigilante pregunta a Simone: «¿Cómo lo hacen en Francia?». «Tenemos la guillotina.» «¿De verdad? ¡Pero eso es una barbarie!»

Simone y Nelson en la cama. Ella le habla de sí: su pacto con Jean-Paul. Él no entiende de qué habla. «Lo mismo podrías hablar de “vida necesaria” y “vida contingente”. Sencillamente no tiene sentido.» Ella intenta explicárselo, pero obviamente lo exaspera. Él le dice que, si se quieren, debería quedarse con él. Ella no puede dejar Francia. No puede dejar a Jean-Paul.

Otra vez en la cama. Ella le dice lo sorprendida que está por la sumisión de las mujeres estadounidenses. No lo esperaba de sus lecturas. Él habla de clase. Ella habla del ensayo que está escribiendo sobre las mujeres. Él

dice ansiosamente que debería ser un libro real. Es como la opresión de los negros en Estados Unidos, dice. Le sugiere varios libros estadounidenses nuevos que debería leer.

Otra vez en la cama. Ella le habla de Faulkner. Algren afirma que no sabía lo que hacía. ¿Hemingway? Lo mismo. Pero Nelson tiene que admitir que no se puede huir de él y, después de todo, había elogiado mucho su libro: «El que escribe es un hombre, y uno no debería leerlo si no soporta un puñetazo. Chico, eres bueno. Vas a ser un campeón».

Otra vez en la cama. Simone le dice a Nelson que es su marido y ella su mujer. Casi de broma, él le da un anillo de plata que tiene. A ella le queda demasiado grande y se lo pone en el dedo medio.

Nelson mete a Simone en un taxi que se dirige al aeropuerto. Ella aún lleva el anillo. Nelson le da un libro. Le hace prometer que no lo abrirá hasta que el avión despegue. Ella retiene las lágrimas. Cuando el taxi sale, empieza a llorar y a sollozar. El taxista le pregunta cuánto tiempo va a estar lejos de su marido. «Demasiado. Demasiado», contesta.

En el avión. Abre el libro. Hay una dedicatoria:

A Simone

*Envío este libro contigo
Para que pase
Por donde tú pases:
Bajo la susurrante luz vespertina
De las calles de edificios altos
De tu querida Francia
Simone, envío también allí este poema,
Esa parte de mí puede ir contigo.*

Ella vuelve a llorar. Saca la pluma y empieza a escribir: «Mi precioso y amado hombre de Chicago... seré tu amante esposa, tu Simone».

* * *

De vuelta en París. Un grupo de amigos se sienta con ella en un café. Le advierte de que Dolores ha llegado a París y sigue con Jean-Paul. A ella parece no preocuparle. Entonces uno de ellos se fija en el gran anillo de plata que lleva en la mano izquierda. Simone explica que se lo ha dado Nelson –su «marido»– y que nunca se lo quitará. Ellos se quedan atónitos.

Jean-Paul y Simone están juntos en el jardín de una pintoresca pensión rural. Reafirman su pacto. Simone explica a Jean-Paul lo que siente por Nelson. Él le dice que no tiene intención de casarse con Dolores y que, si lo presiona demasiado, la dejará. Acerca de la relación de Simone con

Nelson, se muestra comprensivo, alentador incluso. Le dice que debe ir a verlo, pero deberá volver a finales de julio, cuando Dolores regrese a Nueva York. Tienen trabajo que hacer. La situación política se está deteriorando. Deben organizar un nuevo partido político, deben hablar en la radio, deben escribir. Necesitan apoyarse mutuamente en estos tiempos difíciles. Éste es su proyecto fundamental juntos.

En su habitación de la pensión, Simone escribe a Nelson, diciéndole que «si fuera necesario, la rana lo abandonaría todo por su cocodrilo, hasta la propia vida, y sabe que él lo sabe; de la misma forma que sabe que él lo dejaría todo por ella».

Nelson le responde: «No creí que pudiera echar tanto de menos a alguien... Si pudiera abrazarte ahora, lloraría de dolor y de felicidad».

Simone escribe que va. Ya ha comprado el billete. Pero por el momento, le advierte, debe volver a París por su trabajo. «¿Entiendes? ¿No estás resentido por eso?» Nelson sonríe estoicamente mientras lo lee y se sirve un *bourbon*.

Chicago. Nelson está con un grupo de drogadictos. Uno de ellos, un ex charlatán de feria a quien Nelson conocía de sus propios días en la carretera, sujeta una vieja caja de puros. Le dice: «Hora de desayunar. ¿No quieres desayunar, Nelson? ¡Vamos, desayuna un poco!». «Ya he desayunado.» «¿No quieres ver cómo se hace? ¿No quieres mirar? ¡Echa una miradita!» «Maldita sea, no, no quiero mirar.» Pero lo hace. El drogadicto se mete detrás de una cortina a pincharse. Nelson habla con su amiga Margo, por la que obviamente se siente atraído. Otro drogadicto interrumpe e intenta gorronearle. Se va furioso. Margo lo mira irse.

* * *

París. Club nocturno en un sótano. Jean-Paul y Simone con sus amigos, escuchando a un cantante de *jazz* en un sótano. Suéters negros de cuello alto, faldas *évasé*, zapatos tipo bailarina. Simone sigue con su Dior. Habla de su viaje a Chicago: está deseando escuchar verdadero *jazz* de Chicago. Uno de sus amigos está bebido. Le tira un vaso a Albert y lo golpea en la cara. Albert se va furioso. Jean-Paul y el amigo empiezan una pelea. Acaban rodando por el suelo. Molesta con sus tonterías, Simone se va.

De nuevo en Chicago. Simone está con Nelson en el apartamento de Wabansia. Suena *jazz* en el gramófono. Él le propone ir a México a celebrar su «aniversario», un año después del día en el que le puso el anillo. Ella aún lo lleva. Pueden pasar la «luna de miel» allí, beber tequila. A ella le encanta. Él le dice que debería conocer a sus nuevos amigos. Ella no quiere ir. Quiere hablar con él, no ir de excursión, pero él insiste. Él le presta su gabardina. Salen juntos hacia la lluvia.

En el edificio sin ascensor de los drogadictos, Margo intenta nerviosamente adecentarse. Un extraño entra apresuradamente en el baño a pincharse una dosis. Sospecha. Hostilidad. Simone está aburrída e irritada. «Vámonos.» Él bromea con Margo. Al final accede a irse. De vuelta a la lluvia. Ella se apoya en él mientras caminan.

Wabansia. Escena de amor.

* * *

México. Nelson y Simone caminan por los suburbios. Nelson está entusiasmado con la sordidez. A Simone le deprime.

Un club nocturno con supuesto «baile mexicano». Nelson está de mal humor. Le pregunta a Simone por qué no se queda más tiempo cuando vuelvan a Chicago. Ella le dice que no puede, que tiene que volver a París. «¿Cuándo?» «A finales de julio.» «¿Por qué?» Simone se muestra evasiva. Tiene que acabar algo que está escribiendo. Se habla de un guión. ¿No puede ella hacerlo en Chicago? No, necesita discutirlo todo con sus amigos, con Jean-Paul. «¿Y yo?» «Escribiré.» «Es mejor hablar mientras estás aquí. Deberías ser más independiente. ¿Dónde está tu feminismo? ¿Por qué tienes que depender de Jean-Paul?» «No es sólo Jean-Paul. Es París. Tengo que estar allí. En Estados Unidos no hay vida intelectual. No hay trabajo político que hacer. En Estados Unidos ya no quedan opciones. Cuando estás en Estados Unidos, todo está decidido. Debo estar en Francia, donde todavía tenemos que elegir.» Él dice: «Elígeme a mí!»

Un mercado. Simone está comprando: comprándose mantas a rayas de colores llamativos, curiosidades mexicanas, blusas bordadas. Nelson está huraño. Simone intenta hablar con él sobre los planes de ir a ver las ruinas toltecas al día siguiente. «Ya estoy harto de viajar y de mercados y ruinas. ¡Aquí no hay nada más que ruinas!» Se aparta a buen paso, dejándola sola. Ella corre tras él. «¿Amor contingente? Tenemos un nombre para él. Lo llamamos ir de buscona.»

Están en su habitación barata de hotel. Una cama de matrimonio y un guardarropa gigantesco. Ella no irá a Chicago. Debe ir a Nueva York. Tiene que ver a unos amigos allí. Tiene que trabajar. Él le dice que irá con ella. Reconciliación. Hacen el amor.

Ahora están en Nueva York. Restaurante francés caro. Nelson lleva la ropa informal de siempre: sin chaqueta ni corbata. De repente le confiesa que la ama. Le pide que se case con él. «Ahora. En este instante.» Simone siente que ha sido injusta con él, pero insiste en que no puede vivir en el exilio. Pertenece a París, igual que él pertenece a Chicago. Nelson dice que quiere vivir con ella. Su relación con Jean-Paul está acabada. Emocional y físicamente muerta. Ella intenta explicarle que Jean-Paul es el otro para el que ella existe. La relación que mantienen implica todo lo que ella es

en el mundo. Él se impacienta, se enoja, pero debe aceptar su decisión. Sigue siendo su «esposa», le dice ella. Él todavía la ama, por locas que sean sus ideas.

Un museo de cera de Nueva York. Nelson habla con Simone sobre carreras de caballos. Ha ido al Aqueduct y perdido muchísimo dinero en el hipódromo. Piensa que debería volver al día siguiente para recuperarlo. Está de un humor autodestructivo. Simone está a punto de llorar. Él le dice que no la va a acompañar al aeropuerto. Va a ir al hipódromo. Ella se viene abajo.

* * *

París. Simone se encuentra en su café favorito con una amiga, Colette. Ésta le pregunta por su libro. Simone la interrumpe y le pregunta por Dolores. ¿De verdad sigue en París? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha retrasado su vuelta a Nueva York? La amiga explica que sencillamente Jean-Paul no ha tenido fuerzas para deshacerse de ella. A nadie le gusta, pero a él lo tiene dominado. «Lo sé. Le dio América.» Simone está preocupada. Dice que teme que Dolores pueda llegar a matar a Jean-Paul antes que dejarlo. Colette intenta tranquilizarla. Todo el mundo intriga para sacar a Dolores de París.

Simone sola en el café, con un montón de libros delante; marcas de referencia sobresalen de las páginas. Escribe con confianza en un bloc de notas, y para de vez en cuando a pensar por un momento, con los labios fruncidos. Es su libro sobre las mujeres. Para y abre uno de los libros por el sitio que tiene marcado, pone un vaso de vino sobre la página para mantenerla abierta. Escribe: «La mujer libre está naciendo; cuando haya tomado posesión de sí misma, quizá se cumpla la profecía de Rimbaud»; la cámara sigue su mirada al libro abierto, donde leemos la carta de Rimbaud a Demyen:

¡Habrán poetas! Cuando se rompa la incommensurable esclavitud de la mujer, cuando viva por ella y a través de ella, y el hombre –hasta ahora detestable– tenga que dejarla ir, ¡también ella será poeta! ¡La mujer encontrará lo desconocido!

De vuelta a lo que escribe Simone. Acaba la página, la pone en el grueso montón de la obra terminada, coge una página en blanco y escribe «CONCLUSIÓN». Y lo subraya con confianza.

Simone está en su nuevo piso, adornado con las alfombras y las curiosidades mexicanas que se ha traído de su viaje con Algren. Llueve, y tiene una hilera de cubos en el suelo para recoger las goteras. Está leyendo una carta. Cuando acaba, telefona a Jean-Paul. «Nelson viene a París. Entre todos debemos organizarle un gran recibimiento.»

Nelson llega al apartamento, cargado de equipaje y regalos para Simone: una botella de Southern Comfort, bombones, libros estadounidenses, etc.

Simone y Nelson suben y bajan escaleras para trasladarlo todo desde la calle, donde el taxi lo ha dejado tirado. Del café de abajo sale música *rai* árabe. Se muestran afectuosos pero un poco desconfiados el uno del otro. A él le encantan los cubos para las goteras. Casi de inmediato, Simone dice: «Debes venir a conocer a Jean-Paul».

El café. Jean-Paul está sentado con unos amigos hablando de teatro. Al ver a Simone y Nelson aproximarse a la puerta, se levanta de un salto para saludarlos, a él le estrecha cálidamente la mano, le pasa el brazo con firmeza por encima de los hombros y lo guía por el café hasta la mesa llena de gente. Simone no dice nada. Jean-Paul le pide una bebida, lo presenta al grupo de amigos reunidos, e inicia una conversación. «Hablábamos de teatro. ¿Qué ocurre en Estados Unidos? ¿Es realmente *Un tranvía llamado deseo* tan importante como dicen? Yo tengo mis dudas.» Antes de que Nelson pueda responder, alguien se entromete. La conversación alterna entre la discusión violenta y la hilaridad estrepitosa. Nelson está perdido, uniéndose en las risas por cosas que no entiende. Simone tiene los ojos fijos en Nelson, pero no dice nada.

En la calle. Simone camina con Nelson. De repente, un transeúnte se gira y empieza a insultarla. Nelson se escandaliza. Simone le explica que su libro se está publicando por capítulos en una revista, y que ha causado alboroto. Se vende como churros; más que famosa se ha vuelto notoria. «Te has ganado todos los enemigos correctos», la tranquiliza él.

El café. Nelson y Simone hablan. Los de la mesa de al lado se giran y la señalan, riendo y haciendo comentarios audibles. Simone se levanta, va a su mesa y les dice bruscamente que se callen y la dejen en paz. Nelson se queda callado. Entonces empieza a ponerla al día sobre sus amigos drogadictos. Quizá se recrea un poco de más en Margo y en los esfuerzos destinados al fracaso que él hace por sacarla de la adicción.

Apartamento de Simone. Nelson y Simone beben *bourbon*. Ella le pregunta por qué no se queda en París, al igual que él le había preguntado por qué no se quedaba ella en Chicago. Como ella, Nelson responde que no soporta la idea del exilio. Ningún gran escritor ha sido un exiliado. Ella menciona a Dostoyevski y a Joyce. Él contesta que no es lo mismo. Debe estar en Chicago, es su ciudad. Él forma parte de la ciudad y la ciudad es parte de él. «Como París», responde Simone. Si se viera obligada a exiliarse por razones políticas, y le parece una posibilidad real, sería incapaz de ir a Estados Unidos. Quizá a Brasil. Él pregunta por Jean-Paul. Brasil. O México. Ella le dice que Jean-Paul va a ir a México con Dolores. «Así que ellos también van a romper», comenta Nelson. «Quién sabe. Eso espero. No es buena para él. Debería estar concentrado en su trabajo.» Nelson parece triste y cae otra vez en un silencio taciturno.

México. Jean-Paul y Dolores. Habitación de hotel muy parecida a la que ocuparon Nelson y Simone. Jean-Paul bebe tequila y habla sobre Hemingway, a quien ha visitado recientemente en su casa de Cuba; sobre su importancia histórica para el existencialismo y para la idea de contingencia. Dolores comenta que en realidad de todo lo que hablaron cuando se vieron fue de cuestiones de *royalties* y derechos de *copyright*. Si tiene una mente tan empresarial, ¿por qué no puede al menos decidir qué van a hacer al día siguiente? No pueden pasarse todo el día discutiendo sobre qué no hacer. Él nunca decide el itinerario ni qué van a comer. Siempre tiene que hacerlo ella. «Si tú no sabes decidirte, yo sí. No hay futuro en esta relación. No quiero nada de ti. No quiero ser una de tus viejas amigas, una de tu familia, siempre en deuda contigo. Sencillamente quiero irme. Se acabó.» Jean-Paul no intenta discutir. Da una calada a su pipa.

* * *

Una comisaría de Chicago. Nelson discute con los policías. Presenta un contrato legal que nombra a uno de sus amigos asesor técnico de John Garfield para una película de Hollywood sobre drogadictos. Aparentemente uno de sus amigos heroinómanos ha sido detenido. El policía cede, impresionado por la idea de Hollywood, el drogadicto es liberado y Nelson le da un billete de tren para Los Ángeles: primera clase en el Super Chief. Delante de la estación, un grupo de drogadictos los espera para celebrarlo.

Un despacho de agente de Hollywood. Nelson discute las condiciones de la versión definitiva del guión, que aún no ha terminado. Acepta volver a Chicago y terminarlo en seis semanas. Insiste en que tiene que estar en Chicago «por razones personales».

Wabansia. Simone ha llegado, con su traje mexicano. Nelson está entusiasmado. Ha terminado el guión. Pero su relación ha cambiado. Nelson le dice que se va a comprar una casa nueva. Quiere casarse y sentar la cabeza. Está harto de vida bohemia. Simone, no. Quiere que todo siga como antes. Nelson le dice: «Ya no te amo». Ella responde: «No me importa. Estoy contenta sencillamente de estar aquí».

Simone está sentada en una tumbona en la terraza, leyendo a Sade. Nelson está dentro mecanografiando su guión, maldiciendo entre dientes y murmurando las líneas.

Simone ha recogido todo. Tiene la maleta cerrada. Está en la cama. Entra Nelson, un poco ebrio, y le dice de repente: «Te quiero». Ella dice: «Nelson, se ha acabado». «Lo sé.» «Es cosa tuya, Nelson. No puedo casarme contigo. Pero tú debes decidir si quieres volver a verme.» Él se mete en la cama con ella, completamente vestido. Mirada larga. Al final la toma y la besa, con un poco de violencia. Ella se aparta.

En el aeropuerto. Simone comprueba su equipaje. Nelson le da un abrazo amistoso y resignado. Cuando se despiden, él se mete la mano en el bolsillo y le entrega una orquídea. Es de color rojo. No dicen nada. Ella la mete en el bolso. Él se va. Ella lo ve irse, se gira y se dirige al control de pasaportes.

* * *

De vuelta en París. Simone está deshaciendo la maleta en su apartamento. Jean-Paul está sentado en el sofá, hablando del futuro viaje a China, de la actual situación política, de la muerte de Stalin, de la lucha anticolonial. De repente ella lo mira y recuerda su contrato. Qué fuerte ha sido su amor necesario. «Por supuesto», dice él. Y empieza a hablarle de la obra de teatro que piensa escribir, del actor inglés, Kean. Le cuenta que un público estadounidense intentó lincharlo, que prendieron fuego al teatro, lo persiguieron por la ciudad, y él se escondió debajo de la cama en la casa de un amigo, mientras la esposa del amigo daba a luz. Increíble. ¿Por qué querían matarlo? Por haberse divorciado de su mujer.

París. Una fiesta en pleno apogeo. Todos están bien vestidos y de buen humor. Jean-Paul toca el piano, canta una canción sentimental de la que ha escrito la letra. Sus amigos no le prestan atención. Como antes, Simone escucha, distante. Hay muchos viejos amigos, hablando de política, de que echan de menos a Albert pero ha sido imposible invitarlo. También a Maurice. Las diferencias políticas se han agudizado en exceso. Hay viejos amigos que ya no se hablan. Empieza una pelea. Los huéspedes se van. Jean-Paul ha dejado de tocar el piano. Se acerca a Simone y se sienta a su lado.

La calle. Después de media noche. Simone y Jean-Paul vuelven a casa en taxi. De repente el taxi se para. Hay un disturbio. Furgones policiales. Están haciendo una redada de argelinos. Simone mira horrorizada por la ventanilla del coche. Jean-Paul la mira y dice: «Estamos otra vez juntos».

* * *

Hotel Vermilion en el centro de Los Ángeles. El vestíbulo está dominado por el letrero rojo de neón que hay en la ventana principal: GOOD BOOZE. Un prestidigitador está practicando su arte en el fondo. Nelson se registra. Permanece de pie ante el mostrador mientras el recepcionista anota su nombre en el libro, deletreando la dirección de Wabansia. Comprueba: «¿Habitación individual?». Nelson asiente. En alguna parte escuchamos un gato maullar y gemir. Gradualmente oímos las voces de Simone y Jean-Paul comprometiéndose con su amor necesario. Nelson coge las maletas, las lleva hasta el ascensor desvencijado, las carga, se mete él también, mira a la cámara, cierra la puerta y desaparece de la vista. Se oyen las bolas del prestidigitador caer al suelo y rodar por todo el vestíbulo.